

Monseñor Romero: «Con este pueblo no cuesta ser buen pastor». A propósito del Buen Pastor y las buenas ovejas

Cuando meditamos y cuando nos comentan la parábola del Buen Pastor la aplicamos, con mayúscula, a Cristo Resucitado, porque ahí consumó todo lo que podía darnos: sus hechos, su palabra, su Madre, su martirio, su muerte-resurrección, su perdón, su paz y el poder de llevar a los demás el perdón, la paz y la fracción del pan. También aplicamos la parábola del buen pastor, con mayúscula o con minúscula, a san Pedro, al colegio de los apóstoles, al último, y no menos grande de entre ellos, S. Pablo, y por sucesión apostólica a nuestros obispos y también a nuestras conferencias episcopales, a veces para murmurar un poco y a veces para lamentar un mucho.

Al recordar ahora las palabras de Mons. Romero, «con este pueblo no cuesta ser buen pastor», y aunque hayan pasado 16 años de su martirio, sigue brotando un doble sentimiento. Lo primero es que Mons. Romero se tomó muy en serio esta parábola del buen pastor: dio vida y dio su vida por sus ovejas. Basta con releer las «palabras de Monseñor Romero» en los últimos números de Carta a las Iglesias. Pero Mons. Romero dice también que él tuvo muy buenas ovejas y que fueron las ovejas, el pueblo, quien le ayudó a ser buen pastor. Monseñor Romero quiere, pues, que no partamos la parábola en dos y nos quedemos sólo con la mitad. Las ovejas tenemos también el deber de preguntarnos: «y dentro del rebaño, ¿qué debemos hacer? ¿Sólo seguir unas a otras por donde vaya el rebaño? Porque no sólo camina el pastor; también caminan las ovejas. No sólo el pastor conoce, sino también las ovejas conocen. No sólo el pastor conoce, sino también las ovejas. Y a la inversa, no sólo las ovejas pueden ser atacadas por el lobo, sino también el pastor; y por ello, no sólo el pastor tiene que defender a las ovejas, sino también las ovejas al pastor...

Para concretar esta reflexión sobre lo que pueden y deben hacer las ovejas, es iluminador el texto de los Hechos de los Apóstoles, porque es la historia de los pastores y de las ovejas, que, juntos, van a tomar un nuevo rumbo en la historia de la naciente Iglesia. Y hay que recordar también, porque la historia eclesial salva-

doreña ha tenido un itinerario parecido a la primitiva Iglesia, ¿qué hacían estas ovejas?

-Asiduamente escuchaban la palabra de los apóstoles y acudían a la fracción del pan. Y las ovejas son las que piden a sus pastores que pongan por escrito la buena noticia, los hechos y las palabras de Jesús de Nazaret, para que no se olviden, para que no las tergiversen y para que no salgan luego con evangelios apócrifos. Las ovejas tenían un mismo ánimo y un mismo corazón, y tan unidos estaban que ponían sus bienes en común para que a nadie le faltara su taburete y su conque. Y para que «el comunismo cristiano» funcionara bien, las ovejas se encargaron del cuidado de las mesas, de la otra fracción del pan. Así es como comenzaron los diáconos, los que también están al servicio de los demás.

-Las ovejas no sólo eran guiadas, sino que ellas animaban también a sus pastores. Oraban por ellos cuando los metían en la cárcel, o los llevaban ante el sanedrín y les daban los cuarenta azotes menos uno. Y los apóstoles decían: «con unas ovejas así, es fácil ser buenos pastores». Las ovejas se reunían en sus casas, formando las primeras comunidades de base, porque no eran bien vistas en algunas sinagogas. Pero las comunidades decían: «tenemos que predicar a Cristo muerto y resucitado; no podemos desobedecer a Dios por obedecer a los hombres».

-Las comunidades cristianas participan de la misma suerte que sus pastores: también ellas sufren la persecución, y esto les obliga a dispersarse. También sufren las mismas críticas y maledicciones de los judíos.

-Las comunidades cristianas siguen a sus pastores en el itinerario de la «nueva evangelización». Llegó la hora en que no había que predicar a un Dios de los judíos, un Dios sólo de Abraham, Isaac y Jacob, sino un Dios de todos los creyentes, que arrancaba de Adán y Eva, y llegaba a griegos y romanos, a los indios de Santo Tomás o a los hispanos del Finis-Terrae... Tienen que abandonar las sinagogas, de donde les echan, y tienen que ir a las plazas públicas, al Areópago, a los centros del saber y del poder, a Atenas y a Roma y también a las casas particulares, que serán las primeras basílicas, los palacios del Rey.

-Las ovejas -y no es fácil- adaptan el costumbrero judío a la nueva evangelización. El centro de la religión no está ya en el templo, ni tampoco en la circuncisión, ni en los alimentos puros e impuros, ni en muchas purificaciones de manos y vasos, sino en la purificación del corazón: una religión de corazón misericordioso, de acuerdo al sermón de la montaña, las nuevas bienaventuranzas. Mucho cuesta cambiar las tradiciones religiosas, sobre todo cuando hay que pasar de lo fácil a lo difícil y comprometido...

-Las comunidades cristianas se hacen «misioneras», se dispersan a los centros de la cultura y del poder, para cambiar la «polis», la ciudad, la vida política. Van a los centros de la civilización para cambiar la civilización de «señores y de esclavos». Predican que todos somos esclavos de nuestros malos instintos, de un pecado original, del egoísmo, y también dicen que todos somos señores, por tener todos la dignidad de ser hijos de Dios. Llamen la atención y perturban porque «se aman como hermanos», porque parecen hombres y mujeres de otro planeta o de otro reino...

-La conclusión es que las ovejas, al igual que los pastores y al igual que Cristo, serán acusados de alborotar al pueblo, de poner en peligro la seguridad nacional. Incluso se les acusará de haber provocado el incendio de Roma. Las autoridades civiles las perseguirán porque no adoran al César, ni al dios de la guerra, de la abundancia, del placer y del dinero. Con razón también las ovejas predicar «a un Dios desconocido». Y las comunidades cristianas, las ovejas, se convierten en mártires y su sangre abona la Iglesia. Como dirá Tertuliano: «la sangre de los mártires es semilla de cristianos»

-Los pastores y las ovejas forman el mismo rebaño y de entre las ovejas, por aclamación popular -a través de la cual habla el Espíritu- se escogen los diáconos, los presbíteros y los pastores. Todos procuraban tener un mismo ánimo y un mismo sentimiento.

-No siempre y no todo fue perfecto en la primitiva Iglesia, a veces de parte de las ovejas y a veces de parte de los pastores. Baste recordar la primera carta de San Pablo a los fieles de Corinto o los reclamos en el Apocalipsis de San Juan a las siete iglesias. Pero la Iglesia sabe que es el lugar de la conversión, del arrepentimiento y del perdón. Al igual que Cristo, denuncia el pecado y acoge a los pecadores que dicen: «hombre de barro soy».

Estos son algunos rasgos de los pastores y de las ovejas de la primitiva Iglesia. Sin duda, algo de esto nos



quiso dejar como testamento Monseñor Romero con esas palabras: «con este pueblo no cuesta ser buen pastor». Sin duda es esto lo que nos dice hoy Monseñor Romero, para que no caigamos en el desánimo de los de Emaús: «heriré al pastor y se descarriarán las ovejas». Esto nos quiso decir el Papa Juan Pablo II en lo mejor de su visita a El Salvador: su visita a las tumbas de nuestros tres arzobispos: «estoy seguro de que ellos interceden por la iglesia a la que amaron y sirvieron hasta el fin de sus días y a la que dejan un mensaje particularmente elocuente».

Parece que este es un tiempo en que las ovejas tenemos que pasar del Vaticano primero al Vaticano segundo, de creer que sólo es el Pastor quien guía a las ovejas a que también las ovejas tenemos que guiar al pastor, porque el mismo Jesús dice que las ovejas conocen quién entra por la puerta verdadera y quién se salta el muro, quién defiende a sus ovejas y quién impone cargas sin ayudar a llevarlas, quién está presente cuando llega el lobo, la maledicencia y la persecución, y quién se esconde y se pone a seguro. Ni Monseñor Romero, ni el Papa quieren que caigamos en el desánimo de «heriré al pastor y se descarriarán las ovejas». También los pastores necesitan de buenas ovejas, asiduas a escuchar las palabras de los apóstoles y a la fracción del pan, con un mismo ánimo y un mismo sentimiento. Si ponemos nuestra parte, sin duda Dios ayudará a poner el resto. ♦

Francisco Javier Ibisate, S. J.